

MEDITA CONMIGO

Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, Tomaste dones para los hombres, Y también para los rebeldes, para que habite entre ellos Jah Dios. Bendito el Señor; cada día nos colma de beneficios El Dios de nuestra salvación. (Sal 68:18-19)

"Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad" es sin duda una expresión no fácil de entender en su sentido espiritual, si no se comienza atendiendo en primera instancia a la simpleza de los términos, y luego a la profundidad del comentario del mismo apóstol Pablo en Ef 4:8. El término verbal nos habla de llevar preso algo, y luego el término sustantivo nos habla del encierro en sí, o del poder de mantener en encierro; enseguida vemos que Pablo añade una inferencia al hecho de que Cristo subió a lo alto diciendo que eso implica que también descendió a las partes más bajas de la tierra, lo cual tiene dos sentidos, el primero es el de su sepultura, y el segundo de lo que en espíritu hizo mientras su cuerpo estaba en el sepulcro; es decir, que tuvo que tomar el poder de lo alto (del Padre) para bajar al mismo infierno y predicar a los cautivos por causa de su desobediencia en otros tiempos, y darles la oportunidad de ser liberados, de lo cual, Pedro hace referencia en su primera carta (1 P 3:18-20). Ahora bien, todo esto redundó en que Cristo tomara regalos para los hombres, tanto creyentes como incrédulos, para otorgárselos por su gracia; esto es expresado con elocuencia por Jesús al decir: *Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos* (Mt 5:45). Esta gracia es dada a los hombres para que la presencia de Dios en medio de ellos tenga que ser reconocida, es decir, que se entienda que Dios está habitando con ellos. Los dones espirituales dados a los creyentes, aparte de los naturales, son enlistados por el apóstol Pablo comenzando diciéndoles: *No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales* (1 Cor 12:1). Ningún don de Dios se tiene por merecimiento, por esto todo hombre que se enaltece a causa de sus dones naturales o espirituales, se está dejando llevar por la soberbia, cosa que jamás será pasada por alto a los ojos de Dios. Los dones en su generalidad son conocimientos, habilidades, o capacidades que no se adquieren por voluntad humana, sino que son infundidos por el creador, que comúnmente se conoce como talento, de allí viene la expresión *ciencia infusa*; Si alguien le hubiera preguntado a Einstein: ¿Cómo le hace usted para que las matemáticas le sean tan sencillas? sin duda hubiera contestado: No lo sé. Esto es en cuanto a un científico, pero, lo mismo ocurriría con un artista, deportista, dirigente, o a cualquiera que sea habilidoso en las cosas más sencillas; el punto importante es que los dones no crecen por sí solos, tienen que ser avivados por quien los posee; de allí la expresión de Pablo a su discípulo, a quien dice: *Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos* (2 Tim 1:6); quiere decir que hay un precio que pagar para que los dones lleguen a ser productivos en todo sentido en la medida que a cada quien le sea dado, por esto también Pablo dice: *Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo* (Ef 4:7). Por otro lado, hemos de saber que los dones tienen un propósito, y sin duda que es el de servir; es aquí donde está el problema en nuestro mundo; la inmensa mayoría busca servirse a sí mismo con sus dones, y algunos osan decir: "es que mi trabajo me costó" o cualquiera otra expresión parecida; la soberbia humana no respeta fronteras sociales; lo más terrible es ver esto en el medio religioso; ante esta realidad parece palidecer la expresión de Jesús: *Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos* (Mr 10:45); Esto no quiere decir que los hombres no deban tener aspiraciones para sostener sus necesidades básicas, no, lo que debemos entender es que esas aspiraciones no deben ser monopólicas para servirse de los demás; sino dar proporcionalmente a través de nuestros dones a quienes nos necesitan. Por esto es que el salmista cierra esta expresión diciendo: *Bendito el Señor; cada día nos colma de sus beneficios*; beneficios que deben de venir de los dones que cada uno tiene. Nadie es tan pobre que no tenga un don para servir, y nadie es tan rico que no necesite del don de los demás.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava